

Yanett Segovia
Profesora del Centro de Investigaciones Penales
y Criminológicas (CENIPEC). Universidad de Los Andes-Venezuela

Beatriz Nates Cruz
Profesora del Departamento de Antropología y Sociología
Universidad de Caldas-Colombia

Territorios, identidades y violencias



UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
Consejo de Publicaciones
2011

Título de la obra: **Territorios, identidades y violencia**

Autores: Yanett Segovia; Beatriz Nates Cruz (Compiladoras); Juan Antonio Flores Martos; Dilia Flores Díaz; Nelly García Gavidia; Carmen Díaz Orozco; Alejandro Moreno Olmedo; Francisco Rodríguez; José Ordóñez; Jesús Manuel Salcedo Picón; Francisco Ferrándiz; Alejandro Baer Mieses; María García Alonso; Gregorio Hernández Pulgarín; Mauricio Navia Antezana; Julián López García; Mónica Navia; Omar González Náñez; Alexander Mansutti Rodríguez; Nalúa Rosa Silva Monterrey.

Coeditado por el Instituto de Investigaciones en Ciencias Sociales y Humanas y el Grupo de Investigación Territorialidades de la Universidad de Caldas-Colombia; y el Consejo de Publicaciones de la Universidad de Los Andes-Venezuela.

Av. Andrés Bello, antiguo CALA. La Parroquia
Mérida, estado Mérida. Venezuela
Telefax (+58274) 2713210, 2712034, 2711955
e-mail cpula@ula.ve
http://www.ula.ve/cp
Colección: Ciencias Humanísticas
Serie: Antropología
1ª edición. 2011
Reservados todos los derechos
© Los autores

Los trabajos publicados han sido rigurosamente seleccionados y arbitrados por especialistas en las diferentes disciplinas y coordinado a través de: Grupo de Investigación Expresiones y Representaciones de la Violencia en Iberoamérica (CENIPEC) Universidad de Los Andes-Venezuela; el Instituto de Investigaciones en Ciencias Sociales y Humanas y el Grupo de Investigación Territorialidades de la Universidad de Caldas-Colombia.

Diagramación: Consejo de Publicaciones (María Elena Díaz de Cuiñas;
malenadiaz45@hotmail.com)

Diseño de portada: Alberto Gilson

Apoyo técnico a la edición: Juana Chaves Castaño

ISBN 978958759016-6

Impreso en Capital
Manizales, Colombia, 2011

ÍNDICE

	Pág.
Presentación	11
PRIMERA PARTE	
EL CUERPO COMO LUGAR DE LA VIOLENCIA Y LA IDENTIDAD.....	
17	
1. Violencias en la carne, emociones y “cuerpos” domésticos en Veracruz, México <i>Juan Antonio Flores Martos</i>	19
2. La moral está en el cuerpo <i>Yanett Segovia</i>	43
3. El cuerpo y sus expresiones del dolor y el sufrimiento <i>Dilia Flores Díaz y Nelly García Gavidia</i>	65
4. Estigmatización y exclusión del cuerpo enfermo y anciano <i>Nelly García Gavidia</i>	81
5. Del cuerpo dócil. Métodos de regulación de la conducta corporal ciudadana durante el siglo XIX en Venezuela <i>Carmen Díaz Orozco</i>	97

SEGUNDA PARTE**CONSTRUCCIÓN SOCIAL Y POLÍTICA DE LA VIOLENCIA**

1. Los espacios de la violencia
Alejandro Moreno Olmedo 119
2. Tribus urbanas y construcción social de la territorialidad
Francisco Rodríguez..... 141
3. La identidad ante la ley y los espacios psicológicos
para la violencia
José Ordoñez 153
4. Raza, estigma y delincuencia en la conformación
del Nuevo Mundo
Jesús Manuel Salcedo Picón 173
5. Violencia política y memoria digital: Las exhumaciones
de fosas comunes de la Guerra Civil (1936-1939) en la
España contemporánea
Francisco Ferrándiz y Alejandro Baer Miseses 185
6. Siete fusilamientos de José Antonio Primo de Rivera
María García Alonso 211
7. Vinimos, vivimos y ¿triumfamos? Sujetos excluidos,
identidades liminales y violencias migratorias en España
y Francia
Gregorio Hernández Pulgarín..... 243

8. El espacio (topos) y la injusticia (adikia) de la violencia
ontológica (espacios de violencia, Estado, soberanía y control
de la violencia)
Mauricio Navia Antezana 263

TERCERA PARTE**INTERCULTURALIDAD, TERRITORIOS Y VIOLENCIAS**

1. Cartografía semiótica y conflicto
Beatriz Nates Cruz 281
2. Política y ética en torno a los linchamientos en Guatemala
Julián López García 311
3. El camino de la justicia comunitaria:
hacia una reivindicación crítica
Mónica Navia 327
4. La hoja de ruta fluvial Guainía-Caño San Miguel: un neo-espacio
de violencia criollo-indígena en la frontera colombo-venezolana
Omar González Nájuez 345
5. Estado, violencia institucional y territorios
étnicos, o de cómo hacer para no hacer nada
Alexander Mansutti Rodríguez 367
6. El espacio salvaje de la República y el territorio soberano
de los indígenas Conflictividad social y minería en el Caura
Nalúa Rosa Silva Monterrey 389

- NOTAS DE AUTORES 407

VIOLENCIA POLÍTICA Y MEMORIA DIGITAL:
LAS EXHUMACIONES DE FOSAS COMUNES
DE LA GUERRA CIVIL (1936-1939)
EN LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA⁵⁶

Francisco Ferrándiz

Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC)

Alejandro Baer

Universidad Complutense de Madrid (UCM); España

1. Introducción: La “recuperación de la memoria histórica” en España

En los últimos ocho años hemos asistido en España a la aparición de un movimiento social de sorprendente fuerza basado en la idea genérica de “recuperar la memoria histórica”. Con vistas a esta recuperación han surgido organizaciones (ARMHs, o Asociaciones para la Recuperación de la Memoria Histórica) de ámbito más o menos local en diferentes regiones del país. El “movimiento de recuperación”, que no ha dejado nunca de suscitar polémica, se propone principalmente: 1) localizar fosas y exhumar

⁵⁶ Este artículo es una versión actualizada y reducida de Ferrándiz, Francisco & Baer, Alejandro (2008), “Digital memory. The visual recording of Mass Grave Exhumations in Contemporary Spain”. *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research* (On-line Journal), 9(3), Art. 35.

los cadáveres de las víctimas de la política represiva desarrollada por el general Franco durante la Guerra Civil (1936-39) y tras su victoria en la contienda, y 2) registrar, especialmente en formato digital, el testimonio oral de testigos, víctimas supervivientes y sus familiares. En todo este proceso vienen colaborando con sus conocimientos específicos multitud de arqueólogos, médicos forenses, historiadores, antropólogos, sociólogos, psicólogos y otros investigadores.

Según investigaciones historiográficas recientes, entre 70.000 y 100.000 personas fueron ejecutadas por el ejército de Franco durante la guerra y una vez instaurada la dictadura (JULIÁ, 1999). Aunque los métodos de ejecución eran diversos, comprendían: a) matanzas masivas o a gran escala, como la perpetrada en la plaza de toros de Badajoz en 1936: se cree que entre 1.000 y 1.500 prisioneros pudieron ser ejecutados en aquella ocasión, y b) las

Disponible en: <http://www.qualitative-research.net/index.php/fqs/article/view/1152/2578>. En el artículo digital en inglés pueden consultarse algunas de las fotografías relativas a las situaciones analizadas en este texto. Queremos agradecer a Máximo MOLINA y Pedro BRÚ, de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica de Cuenca, al arqueólogo Ángel FUENTES y al médico forense Francisco ETXEBERRÍA (así como a los miembros de sus respectivos equipos) el habernos proporcionado material valioso y opiniones clarividentes en torno a las exhumaciones. Queremos también agradecer a ARMH su ayuda constante a lo largo del proceso de investigación. Tenemos, por último, una deuda de gratitud con todos aquellos que han participado en las exhumaciones de Villamayor (Burgos, 2004) y Uclés (Cuenca, 2006), desde expertos técnicos hasta fotógrafos pasando por familiares de las víctimas; damos las gracias especialmente a José Ignacio CASADO, Emilio SILVA y Carlos AGÜERO por su colaboración en Villamayor. La investigación sobre esta fosa fue financiada con cargo a la partida "Convocatoria 2006 de subvenciones destinadas a actividades relacionadas con las víctimas de la Guerra Civil y del franquismo, proyecto de investigación, exhumación e identificación de las fosas comunes de la provincia de Burgos (fosa de La Andaya e identificación de pruebas genéticas de la fosa de Villamayor de los Montes)" dotada por el Ministerio de la Presidencia del Gobierno de España.

llamadas *sacas* o *paseos*, procedimiento generalizado de asesinato e implantación del terror. Esa práctica consistía en transportar en camiones al amanecer a prisioneros tras *sacarlos* de las cárceles y los campos de concentración, así como a ciudadanos tenidos por colaboradores del gobierno republicano e incluidos como tales en listas de ejecución, conducirlos a lugares aislados, asesinarlos y abandonar ahí sus cuerpos o enterrarlos en fosas.

Los dos bandos enfrentados en la Guerra Civil recurrieron a formas de violencia extrema en la retaguardia, y es muy común en la historiografía española el debate acerca de cuál de ellos llevó la iniciativa en este aspecto, cuál se vio en la necesidad de *reaccionar* y cuál fue más sistemático y cruel en el uso de la violencia. Un gran número de las víctimas pertenecientes al bando vencedor, entre ellas las personas ilegalmente ejecutadas bien por tropas irregulares, bien por tribunales populares constituidos en el lado republicano, fueron en buena parte nombradas, localizadas, exhumadas y recordadas, más tarde o más temprano, desde los primeros años de la dictadura de Franco. En cambio, los cuerpos de muchos de los vencidos, víctimas de una política sistemática de represión a gran escala más allá del fin de la guerra, aún permanecen en fosas sin marcar situadas en cementerios, cunetas y campos de batalla. Lo cierto es que hasta el año 2000, y con excepción hecha de la precipitada búsqueda oficial, aunque semiclandestina, de cadáveres republicanos para enterrarlos en el Valle de los Caídos a finales de la década de 1950, así como de un buen número de exhumaciones de alcance o impacto principalmente regional, local o aun simplemente familiar, las fosas comunes de los derrotados de la Guerra Civil española vieron pasar las décadas envueltas en un manto de silencio (FERRÁNDIZ, 2006, 2007, 2008).

Setenta años después, el súbito resurgir de los fantasmas de la guerra ha arrojado al país a un debate social en el que se han puesto de relieve culturas políticas antagónicas tanto desde un punto de vista ideológico como generacional. Las generaciones nacidas a partir de los años 60, es decir, quienes aún eran niños cuando murió Franco, quienes no conocieron de veras la dictadura ni participaron, desde luego, en las negociaciones políticas urdidas en torno de la Ley de Amnistía de 1977 y la Transición española, se han encontrado de pronto con que el tan ensalzado proceso de democratización y modernización del país se asentó sobre multitud de tumbas olvidadas y sin sosiego. Así, han comenzado a poner en tela de juicio los pactos políticos establecidos por sus mayores tras la muerte de Franco.

Las exhumaciones de fosas comunes de la Guerra Civil que se han llevado a cabo en los últimos ocho años, han estado íntimamente ligadas en un primer momento a iniciativas surgidas de la sociedad civil y al repentino interés de los medios de comunicación. Las condiciones que han hecho posible esta oleada de exhumaciones estaban sin embargo profundamente enraizadas en la sociedad española. No acertaron a socavarlas la dictadura de Franco ni la construcción historiográfica de la “victoria” impuesta por su régimen, ni tampoco los acuerdos políticos que allanaron el camino a la democracia en los años 70. Fue en enero de 2000 cuando el periodista Emilio Silva se propuso exhumar el cuerpo de su abuelo, que fue asesinado en octubre de 1936 y arrojado con otras doce personas en una fosa sin nombre en la localidad de Priaranza del Bierzo (León). En octubre de 2000 fue abierta la fosa bajo la supervisión de un equipo de arqueólogos y antropólogos forenses. Silva fundaría más tarde, junto con Santiago Macías, la muy conocida Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica.

Posteriormente fueron surgiendo nuevas asociaciones en diferentes lugares de España, algunas de las cuales lo hacían como secciones regionales o provinciales bajo el paraguas de la ARMH; otras no tenían en cambio una vinculación tan neta con la organización primigenia. Otras asociaciones se agruparon en torno a una segunda ONG, el *Foro por la Memoria* (hoy escindido en el *Foro por la Memoria* y la *Federación de Foros por la Memoria*), vinculado al Partido Comunista. Aún surgieron y continúan surgiendo otras asociaciones de carácter autónomo. Desde entonces se han llevado a cabo decenas de exhumaciones, desde fosas individuales hasta fosas comunes como la localizada en el cementerio de San Rafael de Málaga, en donde unos 4.000 cuerpos fueron arrojados en 1937. Hace no mucho (14-09-08), *El País* publicaba en su sección *Domingo* que desde el año 2000 se habían abierto al menos 171 fosas con más de 4.000 cuerpos en total.

La aparición de los huesos en las tumbas olvidadas, con la reevaluación de los testimonios de los vencidos que ha llevado aparejada, se ha producido entre un notable escándalo mediático; ha dado origen, por lo demás, a toda una *industria del significado* (SZTOMPKA, 2000) en torno a las memorias de la guerra que recuerda bastante a la avalancha de productos culturales que vivió Alemania con motivo del 60 aniversario del final de la Segunda Guerra Mundial, y otros procesos sociales semejantes. Muchas de las exhumaciones se llevan a cabo en localidades pequeñas —como la de Villamayor en la provincia de Burgos, o Uclés en Cuenca—, donde se ejecutó a una parte importante de la represión de retaguardia durante y después de la guerra. Las acciones relacionadas con tales exhumaciones han de entenderse sin embargo como sintomáticas de un fenómeno de enorme alcance que vincula la memoria traumática de la guerra con las diversas formas de registro audiovisual digital

disponibles en la sociedad de la información y la comunicación. Nos enfrentamos aquí a procesos globales –cada vez más poliédricos– de producción, circulación y consumo de imágenes, de actos de violencia en el marco del debate público sobre el pasado, procesos estos que se han ido volviendo cada vez más complejos, multidimensionales y dependientes de las tecnologías mediáticas, y, por consiguiente, también de las formas emergentes de “configuración imaginaria y consumo del trauma” en el contexto de un mercado globalizado de imágenes del pasado incómodo. Este artículo, que debe ser considerado como un trabajo aún preliminar, es por tanto parte de un proyecto más amplio de investigación a largo plazo acerca de cómo las diversas formas de registrar, archivar y distribuir imágenes digitales relacionadas con las exhumaciones se están convirtiendo en elementos decisivos del proceso de recuperación de la “memoria histórica” en la España contemporánea.

En las páginas que siguen nos ocuparemos de las diferentes formas de intervención audiovisual en el contexto de la exhumación de fosas comunes, dado que esta labor despierta extraordinario interés y moviliza a una pluralidad de actores sociales: arqueólogos, familiares de víctimas, medios de comunicación, documentalistas y, sin duda también, a científicos sociales. Con este fin analizaremos los materiales recogidos en el curso del trabajo de campo etnográfico desarrollado en Villamayor de los Montes, provincia de Burgos (FERRÁNDIZ, Francisco), en Uclés y en Huélamos, provincia de Cuenca (BAER, Alejandro).

2. La dimensión visual de la memoria traumática

El examen de las distintas modalidades que ha adoptado la memoria del genocidio y de otras formas de violencia extrema en

las últimas décadas, revela tres maneras esenciales de registrar y representar a las víctimas: (1) fotografías de la fosa abierta, con sus esqueletos y huesos, (2) retratos de desaparecidos, y (3) testimonios en vídeo de testigos o supervivientes. Las tres constituyen en la actualidad procedimientos convencionalizados de visualización de la memoria traumática (BAER, 2000, 2005, 2006). Su potencia icónica como catalizadora de la memoria en el contexto de la cultura mediática hoy dominante (HUYSEN, 1993), es indiscutible.

Las fotografías de fosas comunes con huesos humanos se han convertido en un signo inequívoco de la violación de los derechos humanos. Nos encontramos con tales imágenes a menudo: Camboya, Argentina, Guatemala, Bosnia, Irak... Su significación excede con mucho su aspecto fáctico, lo que de hecho muestran. Se han convertido en metáforas, puntos de referencia éticos, “iconos seculares” (BRINK, 1998) cuyo denso barniz simbólico recubre casi del todo la información referencial que transmiten. El hecho de que hayan entrado en la esfera de la expresión fotoartística pone de manifiesto el tránsito del documento al icono, a un arte de la memoria que llama de continuo a rememorar. Así, en nuestro caso, el conocido artista Frances Torres se encargó de documentar la exhumación de una fosa común en Villamayor de los Montes que contenía 47 cuerpos. Sus fotografías, publicadas en el libro que lleva por título *Oscura es la estancia donde dormimos*, fueron expuestas por primera vez en el International Centre of Photography de Nueva York y lo están siendo en el MACBA de Barcelona en el momento de la redacción de este artículo. Torres considera estas imágenes –tomadas casi setenta años después de los trágicos sucesos– fotografías de guerra, y éstas, a su vez, una forma de acción decisiva, de vanguardia, inspirada por un profundo compromiso artístico y político (2007: 21-22).

Por su parte, las fotografías tomadas a las víctimas antes de convertirse en tales, las imágenes de los desaparecidos que esgrimen sus familiares, son ya “imágenes enormemente extendidas de la tragedia a la vez que de la entereza, habiéndose incorporado a nuestro imaginario (planetario) de manera no menos eficaz que las ubicuas marcas y logotipos, que sin embargo, transmiten un mensaje muy diferente”, observa el dramaturgo chileno Ariel Dorfman (2006). Dada su fuerza iconográfica y su potencial de transgresión visual, tal como subraya este autor, representan la respuesta más adecuada a las desapariciones en cuanto subvierten las políticas de invisibilización de las víctimas. Y lo hacen además satisfaciendo las necesidades de los medios de comunicación contemporáneos “con extrema eficacia y con una fuerza poética extraordinaria”. En el caso que nos ocupa, las imágenes de los desaparecidos en las fosas comunes del franquismo, que sus familiares llevan consigo y muestran a menudo a los demás, y que incluso se adaptan a formatos digitales y se distribuyen a través de los nuevos medios, se han convertido igualmente en elementos constituyentes de ese lenguaje simbólico universal de la memoria traumática en su modalidad más interpeladora y exigente⁵⁷. Establecen, como documentos, un vínculo fáctico con los huesos desenterrados al integrarse en un repertorio global de imágenes de la represión, la pérdida, el terror y la violencia. Su impacto va mucho más allá de su explícito valor probatorio. Como señala Claudia Feld (LANGLAND 2005: 89) en relación con los procesos de los miembros de las juntas militares

⁵⁷ Las organizaciones de base como las secciones locales de la ARMH en Cuenca y en Burgos, están haciendo grandes esfuerzos para documentar y dar cuenta (mediante exposiciones y homenajes) de la represión llevada a cabo en sus respectivas zonas durante la Guerra Civil y en la posguerra. Las imágenes de las víctimas y de las exhumaciones y los testimonios en vídeo son herramientas visuales decisivas en tales proyectos.

que gobernaron Argentina en entre 1976 y 1983, las fotografías sirven también como prueba documental *implícita*: esto implica que quizás no sea suficiente la “verdad” establecida por los tribunales de justicia. Es necesario que la imagen congelada *corrobore* la verdad, y la fotografía, “por ser la ‘huella innegable de lo que ha sido’, parece el medio más adecuado para lograrlo”. En nuestro caso, el papel singular que desempeña la fotografía –y en particular las referidas imágenes– en tales contextos, deriva no sólo de los hechos históricos a los que remiten, sino también de su impacto emocional, o, lo que es lo mismo, de la capacidad de las imágenes para hacer a quien las mira sentirse profundamente preocupado por lo que muestran. Por lo demás, el acto de contemplar (de *presenciar*, de *atestiguar*) fotografías que simbolizan la injusticia pasada y el actual trauma colectivo, amplía la “colectividad del nosotros” (LANGLAND, 2005: 90), el grupo que recuerda bajo el signo del “nunca más” una dimensión esencial del movimiento de recuperación de la memoria.

Respecto del tercer modo predominante de visualización de la desaparición (los testimonios en vídeo), el papel que se les atribuye, según ha subrayado Annette Wieviorka (1994), “ya no es tanto el de atestiguar hechos que no se conocen bien, cuanto de lograr que se tengan siempre presentes”. El auténtico valor de tales testimonios, dicho sea con otras palabras, no se puede reducir a su contenido explícito. El término “testigo moral” (MARGALIT, 2002) frente al de testigo meramente judicial (o epistemológico), adquiere aquí una notable significación. Los testimonios en vídeo cumplen el propósito descrito con extraordinaria eficacia; grabarlos resulta, en el contexto de los proyectos de exhumación de fosas comunes, casi tan importante como la propia exhumación. Al tiempo que los cadáveres se hacen paulatinamente visibles a través de las

palabras, las metáforas y la expresión corporal de aquellos que los recuerdan, los desaparecidos recobran su identidad. Aunque a menudo nos encontramos, sin duda, con sucesos de los que no se tiene conocimiento suficiente o no está del todo clara la relación entre el testimonio y los restos excavados, el archivo de testimonios en vídeo de los “donantes de memoria” es siempre algo más que una fuente de información sobre el pasado: tales testimonios, y su compilación en formato digital, constituyen proyectos de restitución, símbolos de la tragedia pasada y de homenaje presente. En suma, y parafraseando a Foucault (1969), el documento se convierte en monumento.

A continuación examinaremos las diferentes formas de registro visual que llevan a cabo en la zona de exhumación los diferentes actores sociales, y para ello tendremos en consideración las diversas prácticas y discursos culturales en las que se insertan. Mostraremos que los tres modos convencionales de visualización de los desaparecidos que hemos expuesto hasta aquí (huesos, fotografías y testimonios), constituyen, por así decir, el sustrato de las formas varias de producción digital, circulación y consumo de memoria traumática en los citados contextos.

3. Arqueólogos y antropólogos forenses: la visualización y el desciframiento del pasado

Los arqueólogos y los médicos forenses que colaboran en las exhumaciones, lo mismo que el historiador oral y el etnógrafo que estudia la memoria social, trabajan a partir de los vestigios de cosas pasadas. El arqueólogo se centra en aspectos materiales, el historiador atiende además a aspectos discursivos. Conscientemente o no, todos ellos no se ocupan tanto del pasado como de las

relaciones, mediadas social, cultural, simbólica y políticamente entre pasado y presente. Los arqueólogos remueven la tierra, registran de manera sistemática sus hallazgos y recogen objetos con fines probatorios; en nuestro caso, principalmente, los restos de republicanos asesinados y sus objetos personales, así como los muchos indicios de un acto de violencia criminal (balas, huellas de tortura *perimortem*, observaciones respecto de la disposición de los cuerpos en la fosa, etcétera). Los arqueólogos y forenses acostumbran a decir que “los cadáveres hablan”. Y lo hacen merced a las diferentes prácticas discursivas visuales relacionadas con su campo de conocimiento específico. Es decir, construyen sus registros audiovisuales condicionados por el entrenamiento disciplinario de su mirada, en el marco de régimen determinado de conocimiento. En su trabajo con los vestigios, traducen la materialidad del objeto a formas mediadoras como pueden ser las imágenes, que son de gran utilidad para la identificación de los cuerpos y la reconstrucción hasta en los detalles más infinitesimales de la escena del crimen, tal como muestran los informes técnicos⁵⁸. Los equipos de desenterramiento emplean principalmente cámaras fotográficas para registrar pruebas antes de que sean retirados los cuerpos y más adelante, durante el proceso de identificación en el laboratorio; como consecuencia directa de la forma cómoda y “barata” de obtener fotografías que permiten las nuevas tecnologías digitales, dichos equipos desempeñan su tarea de registro de manera metódica y, como hacen también el resto de los actores

⁵⁸ Véase, por ejemplo, el informe sobre Olmedillo de Roa en <http://www.sc.ehu.es/srwwsr/Medicina-Legal/olmedillo/olmedillo.pdf>. Los informes arqueológicos y forenses son un “punto de traducción de la memoria” decisivo en todo el proceso, y serán objeto de nuestro análisis más adelante.

sociales presentes, hasta compulsiva⁵⁹. Por su parte, los arqueólogos y médicos forenses sacan partido de su acceso ilimitado a las pruebas descubiertas no ya sólo con fines técnicos y dentro de sus estilos de producción de verdad, sino con vistas a una misión pedagógica. Ya que con frecuencia se invita a los técnicos que han colaborado en las exhumaciones a participar en actos celebrados en centros comunitarios rurales, universidades, etcétera, sus prolifas exposiciones en PowerPoint, paradigmáticas del régimen de conocimiento en el que se mueven, se han convertido en habituales en el proceso de “restitución de la verdad” a la sociedad.

En un sugestivo texto, el arqueólogo Michael Shanks (2006) señala que tanto la fotografía como la arqueología “establecen vínculos –formas de compromiso– con lo que subsiste del pasado”. Los acontecimientos pasados “regresan en virtud del encuentro, la conjunción o la operación de relacionar las huellas del pasado con los intereses actuales”. La atención se desplaza entonces de lo descubierto a la interacción arqueológica y forense con el pasado en su dimensión activa y productiva: un “trabajar con el pasado” que se halla, en nuestro caso, indisolublemente unido a la política cultural de recuperación de la memoria por organizaciones de base. Las imágenes ayudan a desentrañar lo que dicen las huellas, a indagar en un pasado que no sólo no está cerrado del todo, sino que se redimensiona en su poliédrico despliegue digital.

⁵⁹ Como demuestra, entre otros, el hecho de que uno de los arqueólogos que participaron en la exhumación de Villamayor produjo y distribuyó después un CD-ROM con casi 600 imágenes, todas ellas tomadas con una sola cámara. Este dato nos ayuda a entender la sobreproducción de registros visuales de las exhumaciones vinculada al abaratamiento de las tecnologías, que se han popularizado enormemente.

4. Los familiares de las víctimas: entre la memoria y la historia

Como señalamos antes, la iniciativa del llamado movimiento de recuperación de la memoria histórica ha correspondido principalmente a los familiares *de tercera generación*, conocida asimismo como la *generación de los nietos*: sus miembros, que hoy tienen entre treinta y cuarenta años, cumplen un papel activo en todo el proceso de investigación y documentación, así como en la tarea de honrar la memoria de sus familiares, olvidados e invisibilizados en virtud de los pactos políticos que acompañaron a la transición de España a la democracia. La evolución tan rápida desde el silencio y el olvido, particularmente acusados en contextos locales, a la explosión de memoria en formatos visuales y digitales que observamos actualmente, y que se despliega en ocasiones en redes globalizadas, guarda íntima relación con el hecho de que se trata ya de una “generación audiovisual”; como tal, muy diestra o rápidamente reciclable en el desciframiento y manejo de medios visuales y sabedora de la importancia de estar presente en el repertorio global de representaciones de la memoria traumática. Si algunos familiares y asociaciones se muestran aún reacios a la idea de abrir fosas y la subsiguiente exposición pública de los huesos, y desaprueban ciertas formas de representar el dolor y la pérdida por juzgar que no revisten “suficiente dignidad” o dan lugar a formas de “patetismo televisivo”, otros muchos, por el contrario, se encuentran intensamente comprometidos precisamente con la tarea de “visibilización” –tanto en sentido tanto literal como metafórico– y participan de manera activa en las distintas etapas de la exhumación: lo hacen en calidad de voluntarios, historiadores locales (recopilando documentos de iglesias y archivos provinciales), historiadores orales (recogiendo

testimonios), fabricantes de imágenes (registrando en forma digital cuanto les llama la atención), etcétera (FERRÁNDIZ, 2006). El aspecto visual y audiovisual de su tarea es especialmente notorio cuando los familiares toman fotografías, graban vídeos digitales de las exhumaciones, homenajes y entierros y crean *powerpoints*, *blogs* y páginas *Web* para reunir el material visual que ellos mismos han obtenido en los propios lugares de la memoria o en el curso de las citadas ceremonias.

Es evidente que se está transformando de manera bastante drástica el proceso de elaboración digital de las imágenes relacionadas con la memoria a medida que la tecnología va abaratándose y haciéndose disponible a un número cada vez mayor de personas. En ocasiones se puede dar una circulación más veloz, incluso instantánea, de la memoria visual emergente: así sucede cuando algunas fotografías y *clips* de vídeo obtenidos con teléfonos móviles en el entorno de las exhumaciones o de los actos conmemorativos, son rápidamente distribuidos a través de determinadas redes de “recuperación de la memoria”. No son infrecuentes las imágenes desenfocadas o fuera de cuadro —aunque sin perder un ápice de su carga emocional— derivadas del uso precipitado o poco diestro de estas tecnologías; en el otro extremo, sin embargo, hay familiares que resultan ser directores de cine o cámaras profesionales y que han llegado a producir documentales sobre las exhumaciones. Tal es el caso de *Olvidados*, producido por Jesús Zamora (sobrino nieto de Vicente Díez Villaverde, asesinado el 13 de septiembre de 1936 a la edad de 27 años), y que trata sobre la exhumación de la fosa común de Villamayor⁶⁰. La recopilación de

⁶⁰ La historia de este documental es muy ilustrativa del impacto que provocan en un ámbito local las imágenes y testimonios de la represión franquista setenta años después.

historias familiares es indisociable de la tarea de establecer lo que ocurrió con vistas al relato más amplio de la historia sociopolítica de la España contemporánea. En las intervenciones audiovisuales de las exhumaciones y su subsiguiente archivo se entremezclan la historia y la memoria, ambas tanto personales como colectivas.

Duelo privado y compromiso político confluyen en ceremonias en las que participan los familiares directos y la “comunidad de la memoria” en términos más generales. La producción, circulación y recepción de imágenes cumple aquí un papel preponderante. Algunos de los homenajes grabados en vídeo se pueden encontrar en Youtube y distintos sitios Web (así, por ejemplo, el video correspondiente al homenaje a los fusilados republicanos en El Escorial⁶¹). Son el resultado final de la actividad casi compulsiva de generación de imágenes que se desarrolla en los lugares de la memoria, y constituyen una dimensión cada vez más importante de la ceremonia sociopolítica.

Se celebran también actos privados o familiares de rememoración, por lo general después de la exhumación. Los familiares se reúnen para la inhumación de los restos, que unas veces tiene lugar en el cementerio local y otras en la localidad natal de la víctima: los muertos, entonces, “vuelven a casa”, como ha expresado

Muchos de los testimonios obtenidos en el pueblo por Jesús Zamora y su hermano Raúl, se prestaron con la condición de que el documental no fuera proyectado en Villamayor. Fue estrenado en la región con motivo de un curso de verano organizado por la Universidad de Burgos en julio de 2005. No tiene nada de extraño que entre el público hubiera numerosos habitantes de los pueblos afectados por la matanza de septiembre de 2006, incluidos muchos vecinos de Villamayor.

⁶¹ Ver http://es.youtube.com/watch?v=sLq_Z4HaEXY

acertadamente el título de un artículo del diario *Die Zeit*⁶². La idea de un entierro “apropiado” o “digno” cobra aquí especial relieve en la medida en que el discurso dominante sobre la memoria histórica considera tal ceremonia como el acto de restitución adecuado para honrar a las víctimas y a unos familiares a los que se quiso privar de memoria⁶³. Es necesario documentar visualmente este acto, que representa el verdadero final del proceso de exhumación, pues el registro digital, archivo, distribución y proyección son parte constituyente del proceso de restitución.

Hay otra dimensión crucial de la visualización de la memoria, a la cual ya nos hemos referido antes. Los familiares llevan con frecuencia material visual como fotografías y dibujos al lugar de la exhumación. Sin duda, la estatura, la forma del cráneo y otras características, pueden en ocasiones inferirse de una fotografía y cotejarse con los restos exhumados. Pero el citado material no sirve tan sólo a una finalidad técnica de identificación. Recordemos cómo es utilizado en la tarea de restitución y cómo se vincula a iconografías globalizadas de victimización, fundamentalmente a través de la iconografía del desaparecido. Es de destacar además cómo a menudo se *re-fotografían* (y en consecuencia digitalizan) en el lugar de la exhumación viejas y a veces deterioradas imágenes

⁶² *Die Zeit*, 22.05.2003, N° 22

⁶³ “Queremos rendir homenaje a nuestros abuelos, a nuestros padres. Todos aquellos que abrieron el camino a la libertad y la convivencia pacífica de la que disfrutamos hoy. No se nos ocurre mejor homenaje que recuperar sus restos, que se encuentran diseminados en fosas ilegales e irregulares, y reintegrarlos en la sociedad. Reintegrarlos en los cementerios, que son los lugares donde la gente es enterrada en las sociedades sanas, normales. No entiendo por qué las víctimas del terror franquista tienen que ser tratadas peor que animales”. Así se expresó Máximo Molina, presidente de la ARMH en la provincia de Cuenca, en el curso de un acto público celebrado en Fuenlabrada (Madrid).

o documentos gráficos extraídos del álbum o del baúl familiar, o incluso de algún rincón más secreto del espacio doméstico. Existen a este respecto diferentes modalidades y objetivos. Algunas de las fotografías están destinadas a los archivos digitales de las asociaciones, otras al material de trabajo de arqueólogos y forenses, y otras a páginas *Web*, *blogs* o álbumes familiares digitales... Pero acaso las más interesantes sean las imágenes en que aparece el familiar del asesinado junto a la fotografía de éste. Los lazos de parentesco y la tensión creativa entre las generaciones, cristalizan y se reavivan en los nuevos registros visuales mediante estrategias más o menos improvisadas de *posado*.

En el momento de la identificación del cuerpo mediante procedimientos arqueológicos y forenses, el acto de re-fotografiar permite algo más importante: devolver su imagen a la víctima desaparecida, invisible. “Seré un puñado de ortigas bajo tus pies; entonces, ay, sabed que tenía un rostro como vosotros”. Los últimos versos del poema *Éxodo*, de Benjamín Fondane⁶⁴, que acompaña a fotografías de las víctimas en algunos museos conmemorativos del Holocausto, tienen una honda resonancia en este contexto. El familiar lleva consigo la fotografía del álbum familiar y se retrata junto a ella: de este modo expresa un vínculo personal con la víctima y el compromiso con la restitución de su memoria, además de dejar constancia de su trágico e injusto destino y *ponerle cara* al sufrimiento familiar. La imagen del familiar sosteniendo la fotografía puede entenderse como un testimonio, una especie de compromiso, como el auténtico acto de memoria que ha de

⁶⁴ Benjamin Fondane fue asesinado en Auschwitz en 1944.

restablecer una continuidad simbólica con el pasado así como reconocer la realidad de la pérdida traumática⁶⁵.

5. Los medios de comunicación: en los límites de la representación

A continuación nos ocuparemos muy brevemente del papel de los medios de comunicación en este proceso poliédrico de producción de imágenes. Desde el desenterramiento de la primera fosa, llevado a cabo en Priaranza del Bierzo en 2000, los medios de comunicación de masas, sobre todo cámaras de televisión, se han hecho muy presentes en los lugares de las exhumaciones. Si el impacto mediático que era de prever que provocaran éstas fue objeto de controversia desde el principio, la demanda extraordinaria de imágenes de las fosas comunes que se iban abriendo, no provenía sin embargo únicamente del sensacionalismo televisivo o de su gusto por lo morboso. Los productos mediáticos revisten formas muy diferentes; van desde reportajes de carácter amarillista hasta el periodismo de investigación más riguroso e influyente. Las exhumaciones suministraron pruebas materiales fehacientes

⁶⁵ La fotografía tomada en Huélamos muestra otra dimensión del proceso de exhumación. El familiar sostiene una botella de vino en el brazo izquierdo y un abrebotellas en la mano: se dispone a hacer un *picnic* con otras personas a escasa distancia de la fosa que está siendo exhumada, expresando la excepcionalidad del momento en prácticas de *comensalidad* que en muchos casos incorporan a los desaparecidos en forma de conversación y rememoración. Se trata de un caso de exhumación a pequeña escala (de uno o dos cuerpos), en el que los familiares, llegados de otra región (en este caso residen habitualmente en la provincia de Badajoz, a más de 300 Km del lugar de la exhumación), se encuentran con los arqueólogos o con los miembros del equipo de antropólogos forenses y pasan con ellos todo el día de la exhumación, ofreciéndose en ocasiones a colaborar en diferentes tareas. Los familiares tienen en alta estima el compromiso de las organizaciones de base (como la sección de Cuenca de la ARMH) y a menudo desarrollan lazos afectivos con los voluntarios y expertos a lo largo de la exhumación.

de la política represiva practicada por el régimen franquista, y alimentaron y siguen alimentando un debate público muy vivo acerca de la correcta interpretación de la historia reciente de España. Las cadenas de televisión han incluido en sus documentales y espacios de noticias material audiovisual de diversa índole relativo a las exhumaciones⁶⁶; noticias e imágenes de éstas vienen siendo publicadas en los periódicos locales y nacionales de manera regular desde 2001. Las consecuencias de esta publicidad mediática han sido varias: por una parte, el movimiento de “recuperación de la memoria” ha experimentado un impulso social muy notable, iniciándose, por así decir, una reacción en cadena: familiares de víctimas en toda España se hicieron el propósito de encontrar los restos de los suyos; surgieron nuevas asociaciones y la ARMH amplió el número de sus secciones locales; algunos testigos se pusieron en contacto con organizaciones para dar su testimonio⁶⁷ o ayudar a localizar las fosas comunes de sus respectivas zonas, etcétera.

Por otra parte, en los mismos lugares de las exhumaciones, en foros de Internet y en reuniones de las asociaciones, la previsible irrupción de las cámaras de televisión y reporteros ha dado pie en ocasiones a debates muy acalorados sobre los límites éticos de la

⁶⁶ En los últimos años han sido emitidos por la televisión varios programas o documentales sobre el asunto: *Las fosas del silencio* (2003), *Rejas de la memoria* (2005), *Muerte en el valle* (2005), *La guerrilla de la memoria* (2001). Está a la venta en la actualidad un *pack* con diez de los documentales más conocidos; se titula *Imágenes contra el olvido: Lo que nunca se contó del franquismo* y está distribuido por Impulso Records. Véase <http://www.imagenescontraelolvido.com>

⁶⁷ Las campañas de “donantes de memoria” guardan estrecha relación con la notoriedad de las exhumaciones. Al igual que había sucedido en otros países, los proyectos de grabación de testimonios en vídeo hallaron un gran estímulo en la exposición mediática.

representación y sobre la llamada ‘pornografía de la violencia y el sufrimiento’, es decir, sobre de la idoneidad y, en su caso, de los estilos y estéticas de fotografiar o grabar en vídeo los cadáveres o el duelo de la familia en el momento de descubrirse los huesos o en otros momentos de inflexión ritual; se discutió mucho sobre la presencia en ocasiones perturbadora de los medios, cuya finalidad es en muchos casos obtener imágenes impactantes, y que a veces abordan a algunas de las personas presentes en la exhumación para obtener dramáticos testimonios sonoros idóneos para los formatos televisivos.

Las incómodas imágenes de los cadáveres amontonados con signos de violencia han suscitado un amplio debate en la sociedad española, con ramificaciones dentro de cada uno de los grupos que pretenden recuperar la memoria de las víctimas de la represión franquista, pero también entre unos grupos y otros. En un principio, algunas asociaciones⁶⁸ entendían que las exhumaciones “borran el genocidio” y suponen incluso una “segunda muerte” de las víctimas. No sirven –sostenían estas asociaciones– sino para consumo mediático y el interés personal, por lo que ultrajan o como mínimo degradan el poderoso mensaje de denuncia de la injusticia que se inscribe en los huesos enterrados, testigos mudos e invisibles de las atrocidades. De acuerdo con este argumento, y en lugar de las exhumaciones, las citadas asociaciones promueven la “dignificación” de las fosas mediante su localización, demarcación e incorporación a ciclos conmemorativos. Es decir, era la prolongación de la invisibilización de los huesos, unida a la investigación de los hechos, la demarcación y al establecimiento

⁶⁸ Tal es el caso de la Asociación de Familiares y Amigos de la Fosa Común de Oviedo, o el Archivo Guerra Civil y Exilio (AGE)

de ciclos conmemorativos, la que optimizaba el potencial didáctico de las fosas. Las exhumaciones –se decía– pueden llegar a provocar conflictos y fomentar la cultura del *morbo* televisivo distorsionando el proceso conmemoración de las víctimas mediante la manipulación comercial del dolor.

Sin duda, las tesis proclives a la visualización como arma de movilización política, simbólica y emocional de la sociedad española, han triunfado en buena parte. Una vez expuestos los restos a la luz, es muy difícil detener el impacto mediático sobre ellos y, en consecuencia, sobre todo el proceso de recuperación de la memoria histórica, con sus flujos y reflujos, con sus picos y sus valles de atención en una sociedad de la información o, mejor aún, del exceso informativo, que sólo puede caracterizarse como bulímica. En los últimos años, la incorporación de las exhumaciones a los formatos propios de los medios de comunicación de masas ha determinado una progresiva normalización social; las exhumaciones se han ido haciendo cada vez más “visibles” y el tipo de imágenes que generan se va acumulando en la memoria de quien las ve y en el propio “inconsciente óptico” de la sociedad española, en tanto que las diversas acciones técnicas, sociales, políticas y simbólicas que les acompañan van añadiéndose paulatinamente al repertorio global de imágenes del horror y de la violencia (FERRÁNDIZ, 2006, 2007, 2008).

6. Conclusiones: los lugares de la memoria digitales

España vive un complejo *boom* de “recuperación de la memoria histórica” en el que se advierte la adaptación a sus circunstancias peculiares de un lenguaje globalizado, y que encuentra en las fosas comunes del franquismo su epicentro simbólico. Las fosas dan

origen a un conjunto de nuevas prácticas culturales y rituales de índole cívico-política y asimismo personal, que evocan un pasado doloroso y a la vez dicen mucho sobre el presente, lo mismo que cualquier objeto de memoria; un presente, el nuestro, en el que la cultura dominante entre las asociaciones para la recuperación de la memoria se funda en el principio de “no olvidar jamás”. El imperativo de recordar está inscrito en cada una de las imágenes que nos afanamos casi obsesivamente en obtener quienes pertenecemos a la heterogénea comunidad de la memoria. En la apasionada misión de preservar las huellas de un pasado terrible, que se va difuminando progresivamente, las fotografías y las grabaciones en vídeo cumplen múltiples funciones, según hemos visto. Entre ellas están la de documentar, preservar, honrar, construir una identidad y permitir el vínculo con aquello a lo que remiten las imágenes. En un nivel más profundo, provocan sin embargo el impacto de “lo inimaginable en el momento de hacerse visible” (LISS, 1988: 1).

Los proyectos de “recuperación de la memoria histórica” en España están atrapados en una disyuntiva, la de historia o memoria de los acontecimientos, que no deja de resultar paradójica. ¿Puede efectivamente distinguirse de forma tan tajante la una de la otra? ¿No están las dos, muy al contrario, necesaria e indisolublemente unidas? ¿Qué tiene mayor valor?, ¿la prueba o el símbolo de la fosa que ha sido localizada pero no exhumada? ¿Es necesario establecer los hechos (quién está enterrado allí, los detalles de su asesinato), o basta con “dignificar” las fosas con monumentos y actos conmemorativos?⁶⁹, cuestiones todas que ponen de relieve

⁶⁹ En el trabajo cotidiano de las asociaciones de recuperación de la memoria, todas estas cuestiones adquirirían a veces un cariz más bien práctico: proponer una determinada excavación era con frecuencia el único modo de evitar la total desaparición del lugar

el papel decisivo en este contexto de la producción, distribución y consumo de imágenes. La memoria está *en marcha* mientras dura la exhumación (desde el momento de la localización de la fosa hasta que se depositan flores en la tierra excavada). Al cabo de unos días, cuando el equipo arqueológico ha abandonado el lugar y han concluido los homenajes, puede que no quede ya nada visible aparte de una placa. Vaciado ya de restos humanos, el lugar que había sido centro de la atención pública durante la exhumación parece haber perdido de pronto su poder simbólico. Es precisamente esta cualidad ontológica de la víctima desenterrada lo que ponen al descubierto (sin quererlo) aquellos que se oponen a las exhumaciones. La imagen adquiere aquí su valor específico. “Después del acontecimiento, la fotografía subsistirá, otorgando al acontecimiento una especie de inmortalidad de la que de otra manera no habría disfrutado nunca”, escribe Sontag (1982: 11). La práctica cultural consistente en desenterrar fosas comunes, que hemos descrito a lo largo del artículo, sería impensable sin la obtención de imágenes, ya sean fotográficas o de vídeo, y su posterior archivo y consumo. Dado el carácter efímero de las exhumaciones, no corresponde sino a las imágenes el conferir a la fosa y al monumento su eternidad perdida. Si la finalidad de los lugares de memoria consiste en “detener el tiempo, impedir el trabajo del olvido (...), inmortalizar la muerte (...), materializar lo inmaterial (...) y de este modo lograr atrapar el máximo sentido posible” (NORA, 1989: 19), es razonable suponer que el archivo audiovisual (fotografías y vídeos de las exhumaciones, testimonios, etc.) constituya el verdadero *lieu de mémoire* en una cultura de la memoria digital.

de memoria como consecuencia de la ampliación de una carretera o de la realización de alguna obra en sobre el terreno de la fosa.

Referencias bibliográficas

- BAER, ALEJANDRO (2004) 'De memoria judía a memoria universal. El Holocausto y la globalización del recuerdo'. En *Anthropos*, 203, 76-94.
- BAER, ALEJANDRO (2005) *El testimonio audiovisual. Imagen y memoria del Holocausto*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).
- BAER, ALEJANDRO (2006) *Holocausto. Recuerdo y representación*. Madrid: Losada.
- Brink, Cornelia (1998) *Ikonen der Vernichtung: öffentlicher Gebrauch von Fotografien aus den nationalsozialistischen Konzentrationslagern nach, 1945*. Berlin: Akad.
- DENZIN, NORMAN K.; LINCOLN, YVONNA S. (Eds.) (2000) *Handbook of qualitative RESEARCH* (SEGUNDA EDICIÓN). THOUSAND OAKS, CALIFORNIA: SAGE.
- DORFMAN, ARIEL (2006) 'The Missing and Photography: The Uses and Misuses of Photography'. En J. Santino (Ed.) *Spontaneous Shrines and the Public Memorialization of Death* (pp. 255-260). Nueva York: Palgrave Macmillan.
- FERRÁNDIZ, FRANCISCO (2006) 'The Return of Civil War Ghosts: The Ethnography of Exhumations in Contemporary Spain'. En *Anthropology Today* 22(3), 7-12.
- FERRÁNDIZ, FRANCISCO (2007) 'Exhumaciones y políticas de la memoria en la España contemporánea'. En *Hispania Nova* 7, Dossier *Generaciones y memoria de la represión franquista*, coordinado por S. Gálvez.

Disponible en <http://hispanianova.rediris.es/7/dossier/07d003.pdf>

- FERRÁNDIZ, FRANCISCO (2008) 'Cries and Whispers: Exhuming and Narrating Defeat in Spain Today'. En *Journal of Spanish Cultural Studies* vol. 9, nº 2, 177-192.
- FOUCAULT, MICHEL (1969) *The Archaeology of Knowledge*. Publ. Routledge, 1972.
- HUYSEN, ANDREAS (1993) 'Monument and Memory in a Postmodern Age'. En *The Yale Journal of Criticism* 6(2): 249-261.
- JULIÁ, SANTOS (Coord.) (1999) *Víctimas de la guerra civil*. Madrid: Ediciones Temas de Hoy.
- LANGLAND, VICTORIA (2005) 'Fotografía y memoria'. En Elizabeth Jelin y Ana Longoni (Eds.) *Escrituras, imágenes y escenarios ante la represión*. Madrid y Buenos Aires: Siglo XXI.
- LISS, ANDREA (1998) *Trespassing Through Shadows: Memory, Photography and the Holocaust*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- MARGALIT, AVISHAI (2002) *Ética del recuerdo*. Barcelona: Herder.
- NORA, PIERRE (1989) 'Between Memory and History: Les Lieux de Mémoire'. En *Representations*, 26, 7-25.
- SHANKS, MICHAEL (2006) *Photography and Archaeology*. Disponible en: <http://metamedia.stanford.edu:3455/MichaelShanks/943>
- SONTAG, SUSAN (1982) *On Photography*. Nueva York: Dell Publishing.

TORRES, FRANCESC (2007) *Dark is the Room where we Sleep (Oscura es la HABITACIÓN DONDE DORMIMOS)* BARCELONA, NUEVA YORK: ACTAR.

WIEVIORKA, ANETTE (1994) 'On Testimony'. En G. Hartman (Ed.) *Holocaust Remembrance: The Shapes of Memory*. Cambridge: Harvard University Press.

FERRÁNDIZ, FRANCISCO; BAER, ALEJANDRO (2008) 'Digital memory. The visual recording of Mass Grave Exhumations in Contemporary Spain'. En *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research* (On-line Journal), 9(3), Art. 35. Disponible en: <http://www.qualitative-research.net/index.php/fqs/article/view/1152/2578>.

6

SIETE FUSILAMIENTOS
DE JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

María García Alonso

Universidad Nacional de Educación a Distancia de España

Y tú ¿qué sabes si no estabas allí?

R. Serrano Suárez. Memorias

En marzo de 1939, pocos días antes de la derrota definitiva de la República en la Guerra Civil española⁷⁰, destacados dirigentes falangistas⁷¹ aguardaban en el aeródromo de Burgos la llegada de

⁷⁰ La guerra civil se había iniciado con un golpe de estado militar el 18 de julio de 1936. Los militares tardarían tres años en derrotar a los partidarios de la República. La caída de Madrid y el fin de la guerra se produciría el 1 de abril de 1939. Hasta ese momento, el cuartel general del bando rebelde, unificado en torno al general Francisco Franco, estaría en Burgos.

⁷¹ La Falange Española (F.E.) era un partido fascista "a la española", financiado en gran medida por Mussolini hasta que los italianos consideraron que su dinero no estaba dando el fruto prometido. En los momentos anteriores a la guerra civil, con una escalada de la violencia desmesurada en tiempo de paz, tenía pocos afiliados y formaba parte de aquellos grupos de distintas ideologías que habían optado por hacer valer su política mediante el terrorismo: "Entre abril y julio de 1936 Falange libró una dura pugna con las organizaciones de la izquierda obrera que le costó unos cuarenta muertos y más de un centenar de heridos, pero que causó aún más bajas en las filas de sus adversarios" (Gil Pecharromán (1996), *José Antonio Primo de Rivera. Retrato de un visionario*. Madrid, Ediciones Temas de Hoy, pág. 466). Su líder, José Antonio Primo de Rivera, era un personaje contradictorio. Sobre su vida y personalidad se han escrito numerosas